

AUSENCIA DE DIOS EN LA INDIFERENCIA JUVENIL



A. R. Sánchez del Nozal S. J.

”Vosotros no nos habéis mostrado camino alguno que tuviera sentido, porque no conociais —ni siquiera en vuestro fuero interno— una cosa parecida, o porque no habéis buscado lo bastante a causa de vuestra propia debilidad...

Porque érais débiles, nos habéis comprado la paz... mientras éramos pequeños, con dinero para ir al cine y tomar helados. Y no es a nuestra persona a quien con ello contentábais, sino a vosotros, a vuestra tranquila comodidad. Porque sois débiles, débiles en el amor, de poca paciencia. Débiles en la esperanza y en la fe. Nosotros en cambio somos ya medio-fuertes, y nuestras almas tienen la mitad de vuestra edad. Y hacemos ruido porque no queremos llorar, llorar por todas esas cosas que vosotros no nos habéis enseñado”.

(Poema de un joven alemán citado en: Hel-muth Schelshy, La generación escéptica, Dussel-dorf-Köln; Diederichs-Verlag, 1957, p. 497).

Introducción

Sobre el ateísmo de indiferencia dice el Concilio Vaticano II: "Otros ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios porque al parecer no sienten inquietud religiosa alguna y no perciben el motivo de preocuparse por el hecho religioso". (Constitución *Gaudium et spes*, parte primera, cap. primero, n. 19). Así definida, esta forma de ateísmo tiene su raíz, según el P. Colomer (Razón y Fe, sep-oct. 1965), "en la misma estructura sociológica de la vida moderna, conjugada con la pereza de una masa humana que vive de relaciones y sensaciones superficiales e irresponsables". Esta masa humana vive, pues, fuera de su auténtico ser. La idea de Dios no es negada. Es un ateísmo "práctico" que afecta a la actitud vital y se preocupa menos de su formulación sistemática. En realidad la pregunta ¿existe Dios? no ha sido formulada y por tanto no es posible obtener ninguna respuesta. Un diálogo con esta actitud del ateísmo contemporáneo se hace extraordinariamente difícil. No hay puntos de contacto. Nuestras frases resultarían absurdas y sin sentido ninguno. Tampoco podemos lanzar una pregunta vital que no tiene correspondencia en esa sensación de seguridad e impersonalidad del mundo actual.

Una forma de ateísmo de indiferencia es el ateísmo de la juventud de hoy. Este ateísmo procede del mundo de sensaciones que aparece en la literatura moderna, especialmente en las novelas de Françoise Sagan. Su influencia ha sido enorme y su importancia radica en el valor de testimonio de una juventud hastiada y aburrida de vivir, precisamente por entregarse totalmente a la "vida". Ante este ateísmo de "Bonjour tristesse" o de las más recientes producciones parece que la única postura posible es dar valor a la vida. Pero esto no es posible.

El ateísmo que estudiamos ahora no formula una pregunta existencial. Está

juventud está aburrida sólo aparentemente. Este cansancio de sensaciones no es más que una confianza total en el presente y una desconfianza terrible del futuro. No hay lugar al interrogante de la trascendencia. Rebeldes, dice el Dr. Lz. Ibor, son los jóvenes de hoy. Rebeldes pero no revolucionarios. No quieren cambiar ni preparar un futuro mejor. Solamente no están de acuerdo con el presente y quieren vivir el suyo con toda intensidad. No es una situación límite existencialista, sino muchas situaciones que cambian constantemente y no podemos ofrecer como solución la eternidad de la trascendencia. La pregunta de la existencia de Dios en esta perspectiva no tiene sentido y por supuesto no es formulada.

I. Rasgos fundamentales de la juventud

El Dr. Lz. Ibor caracteriza a la juventud actual definiéndola como rebelde. Es una rebeldía contra las formas actuales pero sin previsión del futuro. Por esta falta de previsión se suele acusar a los jóvenes de nuestros tiempos de irresponsables. Es un actuar porque sí. Podríamos ver aquí una doble influencia. Por una parte Françoise Sagan. Es un querer las cosas de una manera vaga. "Hay que dejar que las cosas se hagan". "Casi no pienso". Es captar el presente con toda su fuerza. Y creemos ver en este presente también la influencia del existencialismo de Camus. A Camús, impresionado por el problema del mal, le preocupa el porvenir; pero en su tesis lo que importan son los hombres de ahora, los que viven y mueren junto a mí. La vida tiene que ser vivida en cada momento. Y con prisa. Hay que experimentarlo todo. Pero la inconformidad y rebeldía vuelven a surgir. No quieren construir algo definitivo. Los ritmos, las modas, se suceden sin dar casi tiempo a conocerlos.

Lo opuesto al presente es el mañana. La finalidad de un porvenir. Los jó-

venes no quieren ideologías, ni explicaciones del mundo, ni programas de actuación. No es el marxismo el peligro de la nueva generación. El marxismo es una ideología que sacrifica el presente supervalorando el mañana. Es detenerse a pensar en las consecuencias de los actos. Los jóvenes no quieren esto. Han visto y han estudiado el surgir de ideologías y las han visto caer. Los hombres se han matado por el triunfo de estas ideologías que han muerto después sin pena ni gloria. El mundo en sus estructuras actuales es absurdo e injusto. Esto que se puede decir de los programas es también aplicable a las grandes personalidades forjadoras de grandes ideas. Los ídolos juveniles son algo distinto de los jefes y conductores de masas.

Por otra parte los jóvenes se emancipan muy pronto de sus padres. Y no sólo desde el punto de vista económico sino de cariño. Y en este sentido muchas veces no han tenido auténtica dependencia de sus padres. Se encuentran solos en el mundo. Las "pandillas" se hacen así necesarias. En las pandillas el individuo se siente arropado por el grupo y en ellas encuentra el soporte de su personalidad no encontrado en casa. El hogar y la familia está disuelto por el trabajo moderno en el que las horas libres del padre, de la madre y de los hijos, no coinciden con la frecuencia necesaria. La "pandilla" resulta así una forma de rebeldía contra estas estructuras injustas. Y en ella el grupo es el que manda. La personalidad individual se disuelve. La propaganda bien organizada de las canciones, ritmos, modas, etc..., explota el gregarismo de los jóvenes. Si las nuevas formas presentadas son realmente opuestas a las mantenidas por el orden establecido serán acogidas con mucho más entusiasmo. La rebeldía no consiste en la nueva forma que será enseguida sustituida por otra sino en la sensación del cambio, del movimiento.

Y, sin embargo, paradójicamente, junto a este gregarismo una necesidad

fundamental de libertad y expresión. Libertad sin trabas. Los esquemas de valores vienen dados por la aceptación del grupo y nada más. Los nuevos ladrones de coches no se sienten impulsados por el afán de poseer —los devuelven—, sino que quieren vivir unas horas con aquel coche y lo cogen. Las normas establecidas exigen una finalidad y una ideología. La finalidad es la necesidad material de asegurar la vida. Trabajo, medio de vivir, etc... Esto se impone al joven como una frustración. Ven a la sociedad polarizada por esta búsqueda del mañana. Una vida siempre angustiada. Por eso se rebela. Odia a ese futuro que se le presenta tan oscuro y que no merece sacrificar la auténtica vida, ni su libertad. Y en este futuro que hay que asegurar entra la religión. Una preocupación más en esta vida de alienación y de materialismo que se clava profundamente en el alma del joven. La religión no es más que un mañana que nos quita la libertad de hoy.

Y por último hay que señalar la novedad de las relaciones entre los distintos sexos. Por una parte, liberación de todos los extremismos puritanos contra los que se rebelan. Y por otra una espontaneidad que bien orientada podría ser extraordinariamente constructiva pero que resulta malsana al estar desprovista de finalidad. La experiencia sexual se convierte en eso: experiencia. Es un hecho, un poder que poseen y que en la revalorización del presente necesita ser a toda costa ejercitado prescindiendo de todas las costumbres en contra. En realidad los jóvenes —lo dicen ellos— lo único que hacen es poner al descubierto lo mismo que los mayores hacen pero manteniéndolo oculto.

Estas son algunas características. Hay otras. En éstas aparece más clara la ausencia de Dios. Y la falta de absolutización de los valores. No todos los jóvenes son así. Hemos señalado lo extremo y la tendencia. Veamos cómo se ha llegado a esta ausencia de Dios.

2.—Ausencia de la idea de Dios

Una juventud así elude la cuestión de Dios. Y sin embargo la mayoría de ellos han sido religiosos. ¿Cómo se ha llegado a esta situación? Podríamos diferenciar a los jóvenes que en su infancia no oyeron hablar de Dios de la mayoría que fueron educados en la fe. Sin embargo en todos existen las mismas características. En unos como causa del ateísmo práctico y en los otros como motivo de no encontrar a Dios a lo largo de su vida. Vamos a analizar algunas de estas causas.

La fe oficial está muy ligada a las estructuras políticas y sociológicas. Al rebelarse contra ellas, los jóvenes se rebelan contra la fe. Como conviene tener un oficio, una posición, se tiene una religión. Tal vez sea esta la causa base del ateísmo de indiferencia. La fe no es el centro de la unificación de la persona y de sus sentimientos, ideas e intereses. La persona se divide en compartimentos estancos y la fe es uno más. Los que siguen siendo creyentes son los que han conseguido esta unificación final por medio de la fe. Los demás en los que la unificación personal se hace por otros motivos, poco a poco, a pesar de su "creencia" teórica, acaban en un ateísmo práctico. Es en la época de la unificación de la persona, la adolescencia, cuando la fe ha de tomar el papel principal. Es necesario para esto ofrecer una fe auténtica y no empujada y un ambiente en el que se pueda desarrollar. Así se explica de una manera general la ausencia de Dios.

Concretando más, podemos señalar como una característica del ambiente en el que se ha desarrollado la fe de muchos jóvenes la oposición entre ideas y práctica. No nos referimos a esos casos particulares, hipócritas, en los que claramente aparece la falsedad de la vida. Es más bien la oposición más profunda de una fe fría orientada hacia la otra vida y, precisamente por eso, totalmente estática en su realiza-

ción en el mundo. El joven no entiende ese estaticismo.

Esta fe estática no es una actitud vital sino un ritualismo rutinario. Es la rutina que se opone a la dinámica del espíritu. ¿Cuántas veces se ha insistido en los peligros, por ejemplo, del verano, de los que había que defenderse, porque el adolescente está menos controlado y es fácil que abandone sus prácticas de piedad? Hemos unido en la formación cristianismo con disciplina, esfuerzo, práctica. Pero hemos olvidado la mayoría de las veces la actitud vital de la fe en la que el joven arriesga su persona entera. Las prácticas eran el centro de la vida espiritual. El cansancio es fácil que llegue, porque el cristianismo no es cosa de voluntad y esfuerzo, por otra parte no plenamente desarrollada en los jóvenes. El fracaso llega prácticamente siempre y la mayoría abandona las prácticas y con ellas la fe.

Al faltar realmente la actitud vital de la fe, Dios no estaba presente a nuestros jóvenes. No se oye a Dios sino a la conciencia que exige. Dios solamente está detrás como juez dispuesto a castigar en cuanto aparezca el más mínimo fallo. Pero Dios no está presente en la oración de nuestros jóvenes. Realmente, fuera de algunos momentos de la infancia, la oración ha sido solamente una especie de fórmula de petición. No sólo la oración comunitaria no tenía valor sino incluso la personal que se reducía a pedir cosas prometiendo a cambio sacrificios. El contacto con Dios como Padre y como amigo, quedaba ahogado por la preocupación moral de un comportamiento muy difícil de controlar. La actitud vital de la Fe no era una abertura, un llenarse de Dios, sino mantenerse en buenas relaciones morales con El.

Esta abertura lleva consigo la fe en el presente y en el futuro, la confianza en Dios y la caridad. Pero la actitud de la caridad deja el espíritu libre. Y el espíritu preocupado por salvar el alma por encima de todo no se sentía libre.

No hemos sabido librar a los jóvenes de su egoísmo espiritual. Se cerraban ante sí mismos por miedo a los imprevistos del pecado y prácticamente perdían la fe auténtica de la caridad. El cristianismo no era para ellos una entrega a los demás y a Dios. Los jóvenes se han rebelado contra esto y con razón. Pero en su búsqueda de la libertad han abandonado una fe tan raquítica y tan segura. El racionalismo de la apolo-gética tradicional en teoría no dejaba ninguna posibilidad a las dudas de la fe. Creer no era una opción libre ante Dios conocido por toda la persona, inteligencia, sentimiento, voluntad, sino una necesidad de la razón. Y así se prescinde de la fe como algo sin sentido vital.

Y queremos añadir una explicación más de la ausencia de Dios en los jóvenes actuales. Dios se presentaba como lo opuesto al poder y desarrollo sexual que siente en sí el adolescente. Había que defenderse de "eso" que era tabú en vez de integrarlo en el plan de Dios sobre la continuidad del género humano, sobre la familia y el desarrollo total del hombre. Los jóvenes eran adoc-trinados sobre los pecados pero no sobre lo positivo de lo sexual. La dificultad de guardar esas rígidas normas morales era difícilmente superable para la débil voluntad adolescente. El cristia-nismo así presentado se abandonaba, sin discutir la fe intelectualmente, hasta llegar a la indiferencia práctica que hemos señalado antes.

No podemos acabar estas líneas sin esbozar una orientación positiva como presentación de una fe auténtica, y que además corresponde a esa actitud de los jóvenes en lo que tiene de positivo, que es mucho.

3. Presentación de la fe a los adolescentes

La rebeldía juvenil frente a lo estra-tificado revaloriza el sentido del pre-

sente. Y el presente es el acontecimien-to. Precisamente el acontecimiento es esencial en el cristianismo. La biblia no pretende demostrar la existencia de Dios. A Dios se le oye. Se vive en ambiente de Dios. El acontecimiento del presente es un vivir la historia. Y la historia y el acontecimiento es Cristo. El presente tiene su sentido en la Misa. "Haced esto en memoria mía". Se unen el pasado y el presente. Hay que dar sentido a los gestos litúrgicos y ver la historia de la salvación a través del momento presente. La biblia tiene así una vigencia enorme en esta perspectiva de hoy. Y no sólo el Nuevo Testamento. El Antiguo es acontecimiento y también está presente en Cristo. Cristo que es muerte en la cruz y que es Resurrección. El acontecimiento es la Pascua.

La Pascua hace resaltar la Encarna-ción. El cristiano es presente y futuro. Los jóvenes tienen que ser enseñados en la trascendencia vivida a través del momento. Esto es concebir un presente dinámico que lleva en su interioridad la trascendencia. Los valores del mundo quedan revalorizados. Y la aportación de cada persona y de cada situación nueva es un desarrollo del aconteci-miento de Cristo. "Cuando un niño vie-abne al mundo dice: Dios aún confía en el hombre" (Rabindranath Tagore).

La presencia y el ambiente de Dios exige una educación en la auténtica ora-ción. Una experiencia cada día nueva. Un contacto cada vez mayor y distinto con Dios. Esto es necesario desde el primer momento en que el acon-tecimiento forma parte de la evo-lución juvenil. Este trato con Dios no es sólo afectivo —aunque sí pri-mordialmente en esta etapa— sino que lleva consigo un comprometerse en los intereses de Dios manifestados en el acontecimiento. Es esto una llamada personal que fundamenta la unificación de la persona por medio de la fe y de la presencia de Dios. Tiene que surgir así la vocación personal como expresión de

la libertad del adolescente. Se opone a irresponsabilidad. Dios quiere modificar el mundo por medio de él. Es el secreto y la revelación de Dios. Dios quiere darse a conocer en cada momento por medio de la experiencia y el compromiso ante el acontecimiento presente en una perspectiva de fe. El misterio de Dios entra en el desarrollo íntimo y en el quehacer del adolescente.

Esta vocación personal es una llamada a la Iglesia. El joven necesita el grupo, la pandilla. La superación de este grupo, en el que el joven pierde su personalidad, es la comunidad cristiana. El cristiano no puede salvarse solo. Hay que hacerle notar que su presencia en la Iglesia es una manifestación de su necesidad de comunidad como soporte de su personalidad cristiana. Es necesario fomentar el desarrollo de las pequeñas comunidades de jóvenes sin perder de vista la Iglesia universal. Así la libertad cristiana tendrá todas las posibilidades de expresión que necesita un joven y el punto de unificación de las tendencias juveniles. No hay división en compartimentos, ni mucho menos contradicciones. Su fe se desarrolla espontáneamente con libertad, responsabilidad. La caridad se puede manifestar plenamente al convertirse en una auténtica entrega a los demás en la que late la entrega a Dios. No podemos olvidar esta dimensión en la formación cristiana del adolescente. Es el auténtico amor y no el limitado de una entrega por instinto. Lleva esto consigo una educación normal de la sexualidad, sin exageraciones ni concesiones. Y ante todo dando

un sentido a esas fuerzas que surgen en su cuerpo en esta época y con una orientación y un dominio de ellas, como unidas al núcleo central espiritual de su persona. Las relaciones y el amor están dirigidos por la profundidad de la presencia de Dios. Y la sinceridad y autenticidad no serán nunca libertinaje y hastío de la potencia de amar, sino revalorización en una dimensión de profundidad y de libertad.

Conclusión

Basten estas sugerencias como una profesión de optimismo ante las nuevas fuerzas interiores de la juventud actual, tan mal comprendida en sus exageraciones que no son sino una búsqueda de algo mejor. Y esta búsqueda vale. Además no son sólo posibilidades. En muchos círculos juveniles se ha llegado ya a realidades. Es necesario sin embargo que los jóvenes, con sus características, a las que no pueden renunciar, se sientan integrados en la Iglesia del postconcilio. Esta es nuestra obligación. Hay que atender a la formación de la juventud. Y esta formación exige nuevos métodos y nuevas actitudes. Es necesaria una división en pequeños grupos e incluso una dirección espiritual y personal en la mayoría de los jóvenes. Hacen falta, pues, educadores para esta obra tan importante y en la que no podemos contentarnos con los métodos de siempre, porque la experiencia ha dado que no son suficientes ante las exigencias actuales.